

no abrigamos la esperanza de que se restaure y conserve lo que fué iglesia de San Pedro de Arlanza, sino que demandamos fervientemente se salven de la destrucción á que están infaliblemente condenados los restos preciosos de aquel memorable edificio llevándolos á nuestros Museos, donde constantemente proclamen su virtualidad y su mérito y la fama de nuestra historia y de nuestra cultura.



## CAPÍTULO XXII

Á través de las Sierras — Recuerdos — Silos  
— Su Monasterio de Santo Domingo — El  
Claustro — Su importancia en el concepto  
artístico y el arqueológico — Ruinas — La Iglesia actual

**C**RUZANDO el puente sobre el caudaloso Arlanza construído, y tomando el sendero que va lentamente ascendiendo por la ladera de la montaña del mediodía para seguir luego y constantemente la misma dirección,—no puede ser, con efecto, ni más pintoresco ni más bello el panorama que se despliega ante los ojos, al contemplar entre frondosos ramajes matizados de todos los tonos, el humilde caserío de Covarrubias, cuyos tejados rojizos hieren la poderosa lumbre del sol, y principalmente la ancha cinta de plata, sombreada en sus márgenes por las copas de los



árboles que allí crecen lozanos, á la cual semeja en su curso tranquilo y sosegado el Arlanza, después de rodear la villa, para llevar sus corrientes hacia Lerma. Conforme el camino, borrado á trechos, y bifurcándose apenas entre las plantas silvestres de los montes, se interna siempre ascendiendo por aquellas cumbres solitarias, unas veces cubiertas de vegetación, otras pedregosas y expuestas, el panorama va sucesivamente cambiando de aspecto, ofreciéndose en toda su selvática é imponente majestad, descubriendo en el horizonte profundos valles, que se pierden de vista en breve, ocultos por nuevas y levantadas masas de roca; bosques apiñados; mesetas alfombradas de verde hierba, y luego, revueltas pendientes abiertas por las aguas pluviales al descender de tales alturas á los valles; ondulaciones sin término que producen constante fatiga, y á través de las cuales es preciso caminar, como en los tiempos medios, para llegar á aquel pueblo de Silos, con el ansia de reposar el espíritu en la contemplación y goce de las maravillas prometidas.

Cuán pequeño se siente el hombre, cuando oprimiendo los lomos de modesta cabalgadura, sintiendo la acción de un sol canicular, y guiado por el afán y el amor artísticos, cruza aquellas crestas que sólo conoce por las indicaciones de las cartas, y tiene espacio sobrado para reconcentrarse en sí mismo! Nada tan sublime como la naturaleza: nada que hable más al espíritu, que le acerque y le ponga en comunicación más inmediata con Dios, que aquellos lugares encrespados y abruptos, solitarios y hermosos en su sombrío aspecto, que llenan de impresiones místicas el alma y hacen comprender la grandeza de aquellos santos cenobitas para quienes era el desierto preferido al bullicio agradable y trastornador de las ciudades y de los pueblos; de aquellos que, como avanzadas de la idea cristiana, despreciando esta vida material, buscaban en tan silenciosas soledades, de continuo amenazadas por las turbas musulmes, la paz del alma, el sosiego del espíritu, la perfección ambicionada, y la protección divina, cual esperanza y premio de su sublime sacrificio. Allá, en

pos de ellos, poco á poco iban surgiendo pequeñas poblaciones puestas bajo la protección y el amparo de los humildes desterrados; y al mismo compás que la sangrienta espada del guerrero dilataba las fronteras de los cristianos reinos, ellos aseguraban, consolidándola, la dominación del territorio, en nombre de la fe gloriosa que impulsaba y enardecía á los soldados de la Cruz en el combate.

Quién sabe las veces que los dormidos ecos de aquellos montes despertarían estremecidos para repetir en las concavidades y senos solitarios de estas cumbres el militar estruendo de las huestes de Castilla, ya acudiendo presurosas al apellido de la tierra amenazada por el enemigo; ya marchando decididas á penetrar devastadoras en los dominios musulmanes de la frontera, y ya tornando llenas de júbilo á sus albergues con el botín logrado, ó tristes y macilentas después de una derrota! Quién sabe las veces que cruzarían por estos escabrosos senderos los ejércitos islamitas, ni si estas sombrías soledades se animarían de súbito con la presencia de aquella espantable cohorte, compuesta en su mayoría de feroces africanos, con la cual Abd-er-Rahmán III asolaba en 934 la Castilla y penetraba hasta Burgos, después de sembrar el espanto, la ruina y la desolación en su sangriento camino, y asesinar impiamente á los santos cenobitas de Cardeña, sorprendidos en medio de sus oraciones! La historia, revuelta y oscura, de estas comarcas burgalesas en la era de la Reconquista, brinda con efecto muchos y muy interesantes cuadros de semejante índole, que la imaginación soñadora, sólo sosegada en la muerte, juzga ver y se representa de continuo, en este suelo tantas veces regado con la sangre preciosa de los héroes de la nacional independencia, y que no pierde su agreste majestad nunca ni en momento alguno.

Al fin, tras cuatro largas horas de fatigosa marcha á través de caminos, en muchas ocasiones impracticables, por estrechas gargantas, anchas mesetas, profundas pendientes y empinadas cuestas, — descúbrense los toscos tapiales de heredades, al parecer



abandonadas, al descender de una de las alturas; y girando á la izquierda, en el lejano valle, cerrado también por enhiestos montes, pero en el cual se advierte la mano del labrador, se divisa á la derecha los tostados muros de un edificio sin techumbre y ruinoso, que fué convento de San Francisco y por cuyas cuadradas ventanas penetra libre y sin embarazo ni tropiezo el sol ardoroso del estío, como penetran las persistentes lluvias del invierno, sin que hasta llegar á la primera y pendiente calle del más que modesto lugar que oculta con sus accidentadas sinuosidades el terreno, se distinga nada, fuera de aquellas ruinas de no grande antigüedad, que excite el interés ni compense tampoco las molestias de la jornada. Á la izquierda queda medio demolido y ruinoso también, pero en pie todavía, coronado de hierbas y de silvestres flores, con el blasón borrado por la constante acción de la intemperie, los sillares carcomidos, y flanqueado de tierras labrantías y de sembradura, enriquecidas cuando las contemplamos, con el dorado fruto, deleite del labriego,—apuntado arco cuyas piedras se apartan como fatigadas y con enojo unas de otras en profundas grietas, perdida la cohesión de la fábrica y amenazando desplomarse: aquel solitario resto, deformado y triste, juguete del jaramago que brota con insolente fecundidad en las oquedades, y aprisiona el destroncado bastimento, formó sin duda parte, con otros que no existen, de la fortaleza que hubo de cerrar y de defender el pueblo y que ha desaparecido Dios sabe en qué ocasión y en qué circunstancias, salvado por milagro y conservándose por maravilla para memoria y recuerdo en las generaciones, hasta el momento en el cual por sí propio se derrumbe.

Aquella humilde población sobre la que se amontonan las cumbres de altas eminencias, es Silos; y por entre el ramaje de los pequeños huertos cercados toscamente de desiguales pedruscos, y que alternan con el caserío, matizando vistosos el fondo claro de las rústicas viviendas,—busca ansiosa la mirada alguna señal, cualquiera indicación ó accidente simbólico que,

descollando como el ciprés de Virgilio sobre la masa irregular de los albergues, sirva cual norte y guía, y revele la existencia al exterior del monumento insigne, del santo retiro, desde el que recogía con dolorosa concisión en la austera soledad del claustro el desconocido cronista de Alfonso VI apellidado *el Silense*, las memorias que llegaban como perdidos ecos á aquel sagrado recinto, de los triunfos y de los combates del conquistador de Toledo, las cuales hubo de consignar en las páginas de su obra, que no han llegado en esta parte á nosotros por desventura. Pero es en balde todo empeño: allá á un lado, en la plaza, se levanta la torre de la iglesia de San Pedro, pobre y no nada esbelta, y más abajo, con su fachada greco-romana y su linterna circular de igual estilo, está la de Santo Domingo... Nada hay que hable de aquellos remotos tiempos; ni el paredón que cerca el inculdo corral que sucede á esta iglesia, ni el frontispicio del *Monasterio*, prometen nada, ni tampoco, cuando solicitada y obtenida la venia de la galante comunidad francesa, á quien ha sido entregado el *Monasterio*, cruza el viajero con verdadera emoción el primer patio incoloro y sin importancia, con la efigie en bronce del titular al centro.

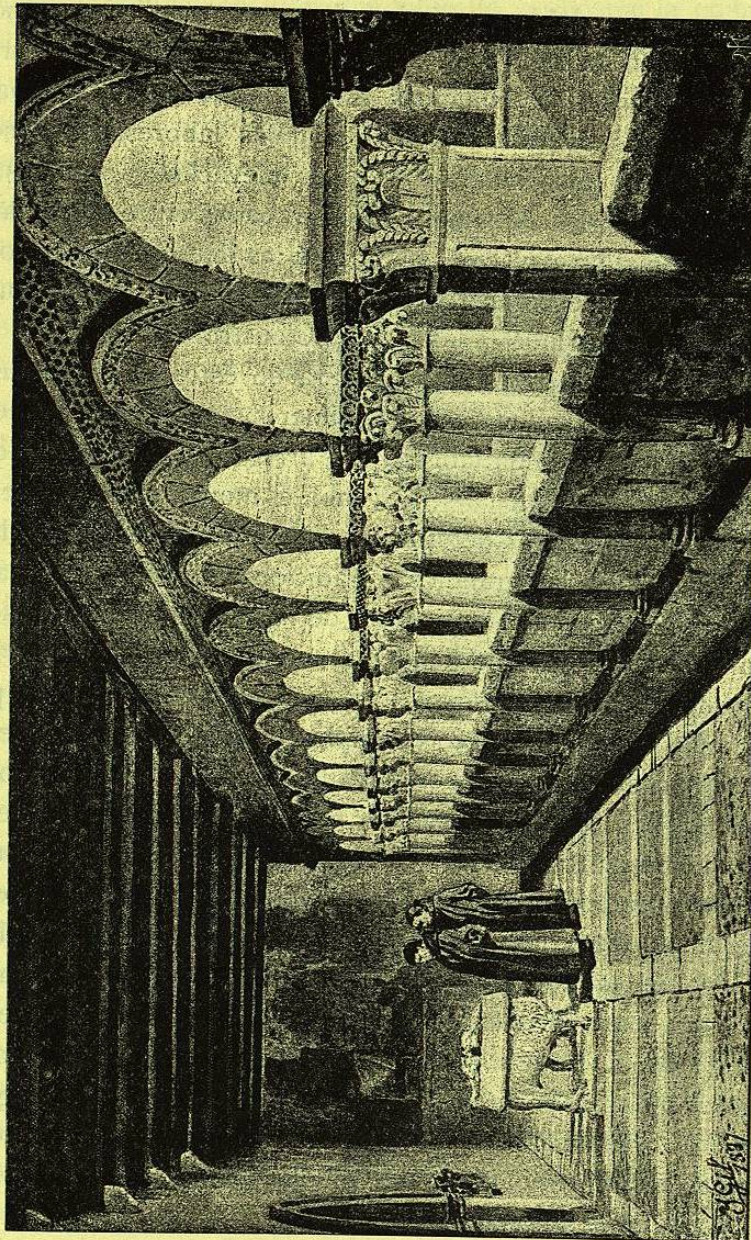
¿Dónde están aquellas maravillosas reliquias del arte, cuya fama pregonan como halagüeño augurio el peregrino *frontal de altar* que se conserva en el *Museo* de la provincia, y cuya antigüedad publica la arqueta arábica allí depositada? Aquella iglesia anchurosa, formada por una bóveda circular que recuerda la de *San Francisco el Grande* de la Corte, y que fué erigida por el insigne don Ventura Rodríguez en el pasado siglo, ¿es quizá lo único que de admirar queda ya en este *Monasterio*? No por dicha: trasponiendo el pasadizo que une y enlaza la parte nueva con la antigua, contemplan los ojos con creciente y sin igual sorpresa la fábrica íntegra del inestimable claustro, y el alma se sobrecoge y suspende en la inexpresable inquietud que la avasalla y señorea al hallarse frente á frente de aquel testimonio vivo y elocuente de remotas edades, que parece sin em-



bargo recién construído. Huye á su vista con todos sus abigarrados y falsos esplendores el provocador presente; sumérgense en la nada las edades, desaparecen los tiempos, bórranse los espacios; y el viajero, olvidado de cuanto ha visto, de cuanto ha sentido hasta aquí, se mira transportado de súbito á los tiempos en los cuales la fe, la devoción, la magnificencia, la piedad y la gloria de nuestros mayores, erigían con espontáneo arranque monumentos como el levantado en aquellas soledades y colocado bajo la advocación de Santo Domingo. Confundidos en constante amalgama la verdad y el error, lo demostrado y lo tradicional, lo histórico y lo legendario, cuántos y qué dulces deliquios inspira aquella construcción que ha visto desaparecer inmovible tantos colosos, y que permanece robusta y fuerte todavía! ¡Cuántas quimeras de aquella *edad de hierro!* ¡Cuántas y cuán bellas creaciones que trasladaba con ingenua sencillez á las esferas literarias Gonzalo de Berceo en los primeros días de la XIII.<sup>a</sup> centuria!

Dejemos sin embargo al poeta la incitante misión de fantasear delante de estas venerables reliquias, tarea no en verdad grandemente difícil, y aunque sintiendo con él el ánimo conmovido, acerquémonos respetuosos á ellas, no con la libertad y el desembarazo que hasta aquí nos han sostenido, sino con el temor y el recelo que inspira todo cuanto por vez primera hace vacilar, trastorna y confunde por lo nuevo, lo peregrino, lo inacostumbrado y singular de los caracteres artísticos con que se presenta; por lo particular y aun podríamos decir privativo de su fisonomía; por lo especial de los problemas arqueológicos que á nuestro entender encierra, apartándose como se aparta el celebrado *Claustro del Monasterio de Santo Domingo de Silos*, de todo lo que llevamos contemplado. Compuesto de cuatro alas cuya área describe un rectángulo de cerca de treinta metros en sus lados mayores que miran á N. y Mediodía por 21<sup>m</sup> 13 que en los menores se cuenta,—consta de dos alturas ó pisos, formados por larga serie uno y otro de gallardos arcos semicircu-

BURGOS



SILOS.—CLAUSTRO ROMÁNICO DEL MONASTERIO DE SANTO DOMINGO (ALA DEL N.)



lares apoyados por lo común en pareadas columnas de cilíndricos fustes con dobles capiteles ricamente entallados como lo están también los sumóscapos, sobre los cuales voltean las arquivoltas. Descansan las columnas, provistas de molduradas basas cuyas escocias avaloran también algunas labores, en general basamento de poco más de 0<sup>m</sup> 35 de elevación, y se muestran las de las galerías de ambos pisos trabadas entre sí por antepechos de mayor elevación, que dan á las inferiores extraño aspecto, y que en éstas han sido notoriamente colocados mucho después de construída la fábrica del Claustro.

Las líneas generales, la estructura de éste en su conjunto, convencen y persuaden desde el primer momento, de que fué sin género alguno de duda labrado con arreglo á las prescripciones de aquel *estilo*, en el cual se reflejaba el movimiento de reacción operado en las esferas del arte, como en las esferas de la cultura castellana, hacia las grandiosas tradiciones latinas, y que ha recibido por ello justificado nombre de *románico*. La forma semicircular de los arcos que tienden al medio punto; la de su vistoso agrupamiento; su escasa elevación que no consiente para ellos vano mayor de 2<sup>m</sup> 28; el empleo de aquellas tablas, verdaderos abacos designados con el título de sumóscapos; los dobles capiteles, los cortos y sencillos fustes de limpia superficie; el sello que en su totalidad se distingue en la construcción,—todo con efecto patentiza que presidió á ella el *estilo románico*, según advertimos, no conservando huella ni rastro, reminiscencia ni tradición en tal concepto del *estilo latino-bizantino*, que había sido hasta las postrimerías de la X.<sup>a</sup> centuria el único y fiel intérprete de la cultura conseguida en las monarquías cristianas, como depósito salvado en la general ruina, transmitido de generación en generación desde la época visigoda, y guardado con religioso respeto, aunque no sin modificaciones ni extravíos, por los héroes de la Reconquista española.

Pero si tal acontece por lo que á la construcción en general atañe y respecta, de muy diverso modo ocurre en cuanto á la

ornamentación se refiere. Rica, exuberante, incomparable, proclamando el momento en que hubo de verificarse la edificación del *Monasterio*, puesto por Fernando I *el Magno* bajo la tutela de Santo Domingo en 1041,—si resplandece con unidad incontestable en los sobrecarcos y en el ajedrezado friso que al interior decora las arcadas, muéstrase de tal manera varia en la decoración de capiteles y sumóscapos, que para perfecto conocimiento de ella se haría preciso el individual estudio de cada uno de estos interesantísimos miembros. Todos los capiteles afectan como tipo común, aunque no único, la figura de un cubo en su parte superior, que no siempre llega al medio de la altura, escociándose luego para adaptarse al fuste cilíndrico sobre el cual se levantan; y mientras advierte el observador que los exornos por los cuales los referidos capiteles aparecen acaudalados se atemperan unas veces á las prescripciones rigurosas del *estilo románico*, guardando así en el follaje que los forma y constituye, como en las resaltadas y caprichosas vichas que los componen y aderezan, íntima conexión con el carácter arquitectónico de la fábrica,—no en pocas ocasiones sucede que la



SILOS.—DOBLE CAPITEL EN EL MONASTERIO DE SANTO DOMINGO

116